

Otro de los adversarios más grandes del cristianismo decía a fines del siglo pasado "que si se demostrase que la historia evangélica había sido escrita por testigos presenciales, o al menos contemporáneos de los acontecimientos que en ella se consignan, su valor histórico sería decisivo y los hechos narrados innegables". No hacía falta que dijera esto Straus. El sentido común nos dice lo mismo. Pues evidentemente al escuchar los pueblos los estupendos prodigios de la vida del Salvador, no podían menos de excitarse en gran curiosidad y en deseos de informarse sobre la realidad de lo que se les decía y contrastar su veracidad teniendo como tenía medios de hacerlo interrogando a los mismos actores de aquellas escenas. Por eso, por no tener que aceptar las consecuencias de las premisas que el mismo sentara, y poder seguir negando la divinidad de Jesucristo, retrasa la data de los Evangelios a fines del siglo segundo. Hoy la misma crítica racionalista con Harnack a la cabeza confiesa y reconoce unánimemente por la fuerza de los documentos que lo atestiguan la autenticidad histórica de los Evangelios, de los libros del Nuevo Testamento. Ha terminado por decir que históricamente es cierto, no puede negarse que los evangelios fueron escritos a mediados del siglo primero, o sea por testigos presenciales de los hechos, o al menos contemporáneos de los sucesos que en ellos se narran, que la sencillez, ingenuidad y detalle con que narran los sucesos son garantía máxima de su sinceridad y veracidad, es decir que las fuentes críticas de la vida de Jesús son irrecusables y las narraciones y hechos de su vida merecen por todos, católicos e incredulos, protestantes y racionalistas tanto crédito como pueden merecernos los hechos de Cicerón, César, Alfabdro o Sócrates.